

# AMOR Y RESPONSABILIDAD

## SAN JUAN PABLO II

### **CAPÍTULO SEGUNDO - LA PERSONA Y EL AMOR**

#### **Sección I. Análisis general del amor**

#### **Sección II. Análisis psicológico del amor**

20. La primera impresión

21. La sensualidad

22. 22. La afectividad

23. La integración del amor

#### **Sección III. Análisis moral del amor**

### **CAPÍTULO SEGUNDO**

### **LA PERSONA Y EL AMOR**

#### **Sección I. Análisis general del amor**

#### **Sección II. Análisis psicológico del amor**

##### **20. La primera impresión**

Se ha de comenzar el análisis psicológico del amor por lo que constituye la “partícula elemental” de la vida psíquica del hombre, a saber, la percepción, y la emoción que de ella se deriva. Llamamos “percepción” a la reacción de los sentidos producida por los objetos. Los sentidos están ligados con la constitución del organismo humano, aunque no se identifican con él. Así que no se puede, por ejemplo, reducir el sentido de la vista a lo que corresponde a la anatomía del hombre. En el sentido de la vista, hay algo más, una cualidad psíquica que pertenece al dominio del conocimiento. Con el sentido de la vista, como con cualquier otro sentido, obtenemos conocimiento de objetos de una

manera definida. Se trata aquí de objetos materiales, porque son los únicos que pueden ser conocidos por los sentidos.

Las percepciones quedan ligadas al conocimiento. Los sentidos reaccionan mediante sensaciones discernibles en lo interior de la percepción. La sensación supone un contacto directo del sentido con el objeto; mientras que dura el contacto, dura la experiencia directa. Pero así que termina, los sentidos conservan la imagen del objeto cuya representación sustituye poco a poco en la conciencia a la percepción que él producía. Con esto llegamos a la noción de sentidos internos. Los sentidos externos son los que entran en contacto directo con el objeto mientras éste se encuentra a su alcance. Los sentidos internos mantienen ese contacto cuando ya el objeto no se encuentra al alcance de los sentidos externos.

La percepción contiene una imagen concreta en la que se reflejan todos los caracteres de un objeto, evidentemente en la medida en que la percepción es fiel. El hombre recibe gran cantidad de percepciones, no todas ellas se impregnan en la conciencia humana con la misma intensidad. La percepción sensorial se asocia frecuentemente a una cierta emoción. Cuando decimos que una cosa o una persona han hecho en nosotros “una gran impresión”, queremos expresar con ello que al percibirla hemos experimentado al mismo tiempo una emoción sensible, gracias a lo cual su percepción se ha impuesto a nuestra conciencia. Con esto pasamos al terreno de las emociones.

La emoción es también una reacción sensorial provocada por un objeto, pero su contenido difiere del de la percepción. El contenido de ésta es la imagen del objeto, mientras que en la emoción experimentamos el valor del objeto. La emoción es sensorial pero los valores que la provocan no necesariamente deben ser materiales, pueden ser espirituales. Ciertamente que para provocar la emoción es menester que tales valores sean “materializados” de alguna manera. Es menester que se les perciba, que se les escuche, que se les represente o se les rememore. **La emoción es superficial cuando tiene por objeto valores materiales. Cuando, por el contrario, su objeto está constituido por valores supra-materiales, espirituales, llega a lo más profundo del psiquismo del hombre.** Es comprensible: en el nacimiento de esta emoción la participación del espíritu humano y de sus facultades es mucho más vasta. La intensidad de la emoción es todavía otra cosa. Una emoción puede ser superficial pero intensa, así como puede ser profunda cuanto a su contenido, pero débil cuanto a su intensidad. **La facultad de experimentar emociones profundas e intensas a la vez parece ser un elemento particularmente importante de la vida interior.**

Cuando la percepción se une a la emoción, su objeto penetra la conciencia del hombre y se graba en ella con mayor nitidez. De este modo nace una experiencia más intensa, gracias a la cual el mismo objeto gana importancia a los ojos del sujeto. Todos esos hechos se producen también cuando se trata de personas de sexo diferente. Se sabe, por ejemplo, qué importancia tiene lo que se llama “la primera impresión”. Pero si el amor humano comienza por una impresión es precisamente gracias al hecho de que junto a la impresión está también la emoción que el hombre y la mujer se experimentan recíprocamente como valores. Por esto nuestro análisis psicológico del amor se verá obligado, más adelante, a referirse constantemente a los valores.

**Fuente:** Cardenal Karol Wojtyła – Juan Pablo II, Amor y Responsabilidad (1978), Madrid España, Editorial Razón y Fe pag 49 – 51

**Nota:** El resumen se ha hecho utilizando, en gran parte, frases textuales del documento original o una combinación entre ellas. Se omiten las comillas para facilitar la lectura.

**Reflexión:** ¿Cultivo mi vida interior? ¿Qué importancia tienen en mi vida los valores espirituales?

## 21. La sensualidad

En el contacto de la mujer y del hombre, una experiencia sensorial tiene lugar en ambas personas. Cada una de ellas es “cuerpo” y como tal provoca una reacción de los sentidos, que da origen a una impresión acompañada muchas veces de una emoción. La facilidad con la que surgen emociones al contacto de personas de sexo opuesto está ligada al instinto sexual propio del ser humano.

A través de la impresión nace una imagen “exterior” de la otra persona. ¿Es lo mismo que decir que esta imagen es únicamente un reflejo del cuerpo? No, es un reflejo de la persona, su imagen mental. El uno hace “una gran impresión” sobre el otro cuando en su conocimiento se han visto sus valores. Los valores son el objeto de la emoción: son ellos los que, al asociarse a la impresión, contribuyen a su intensidad.

Analicemos a la luz de lo que precede lo que llamamos la sensualidad. Esta consiste en la experiencia de valores perceptibles por los sentidos: los valores sexuales del cuerpo. En la reacción sensual, el cuerpo es muchas veces sentido en cuanto objeto de placer. La sensualidad tiene por sí misma una orientación utilitaria se orienta sobre todo hacia el cuerpo; no concierne a la persona más que indirectamente. Incluso con la belleza del cuerpo, su vinculación es secundaria. La belleza, en efecto, es esencialmente objeto de contemplación; la experiencia de los valores estéticos no tiene el carácter de placer, sino que, en cambio, provoca aquel gozo que San Agustín designaba con la palabra *frui*.

Esta orientación de la sensualidad es espontánea, instintiva, y, como tal, no es moralmente mala, sino ante todo natural. **La orientación de la sensualidad bastaría a la vida sexual, si las reacciones sexuales del hombre estuviesen infaliblemente guiadas por el instinto, y si la persona del otro sexo, objeto de estas reacciones, no exigiese otra relación que la que le es esencial para la sensualidad.**

Pero —ya lo sabemos— la persona humana no puede ser el objeto de placer. **El cuerpo es su parte integrante, no se le puede, por tanto, disociar del conjunto de la persona: su valor y el de su sexo se fundan en el valor de ella.** Una reacción en la que el cuerpo y el sexo hacen el papel de objeto de goce, amenazaría de desvalorización a la persona. He ahí por qué la reacción de la conciencia ante los movimientos de sensualidad es fácilmente comprensible. Añadamos que no puede hablarse en el hombre de una sensualidad “pura”, tal como existe en los animales. La sensualidad natural pura, con reacciones guiadas por el instinto, nunca está orientada hacia solo el placer separado del fin de la vida sexual.

**La mera sensualidad no es, por lo tanto, amor e incluso puede muy fácilmente convertirse en su contrario.** A pesar de ello, hay que reconocer que en la relación hombre-mujer la sensualidad, en cuanto reacción natural ante una persona de sexo opuesto, es un material del amor conyugal, del amor de esposos. Pero no cumple con ese papel por sí misma. **La orientación hacia los valores sexuales del cuerpo en cuanto objeto de goce exige la integración: ha de insertarse en una actitud aceptable respecto de la persona, sin ello no será nunca amor.** Ciertamente, la sensualidad está atravesada como por una corriente de amor de concupiscencia, pero si no se completa con otros elementos, más nobles, del amor, de los cuales ya se trató, si no es más que concupiscencia, entonces con toda certidumbre no es amor.

Por sí misma, la sensualidad no tiene en cuenta a la Persona, no se dirige más que hacia los valores sexuales del cuerpo. Esta es la razón de su inestabilidad característica: se vuelve hacia allá donde encuentra estos valores, hacia dondequiera que aparece un objeto posible de goce. Los sentidos señalan la presencia de ese objeto, pero los sentidos externos no son los únicos capaces de servir para la sensualidad: los sentidos internos, como la imaginación o la memoria, sirven igualmente.

Hemos de dedicar ahora algunas palabras a lo que se llama “*sex-appeal*”. Este término anglosajón se emplea con frecuencia para designar la facultad de provocar la excitación sensual o la predisposición para experimentarla. La función del sexo se limita en dicha expresión a la esfera de los sentidos y de la sensualidad. La idea del *sex-appeal* presenta estos valores como que se bastan a sí mismos y corta así el camino a su integración en un amor personal y completo. Concebido de esta manera, el *sex-appeal* viene a ser la expresión de un amor no integrado que no lleva más que la marca de la sensualidad.

**Fuente:** Cardenal Karol Wojtyla – Juan Pablo II, Amor y Responsabilidad (1978), Madrid España, Editorial Razón y Fe pag 51-54

**Nota:** El resumen se ha hecho utilizando, en gran parte, frases textuales del documento original o una combinación entre ellas. Se omiten las comillas para facilitar la lectura.

**Reflexión:** ¿Soy consciente del valor de mi cuerpo? ¿Lo trato en consecuencia?

## 22. La afectividad

Hemos dicho que un contacto directo del hombre y de la mujer provoca siempre una impresión que puede ir acompañada de una emoción. Cuando ésta tiene por objeto los valores sexuales de solo el cuerpo como objeto de placer, es una manifestación de sensualidad. Sin embargo, los valores pueden estar ligados a toda la persona del otro sexo. En ese caso, el objeto de la emoción será para la mujer el valor de “masculinidad” y para el hombre el de la “feminidad”. La primera puede asociarse, por ejemplo, a la impresión de fuerza, la segunda a la de encanto, ambas vinculadas con la persona entera y no solamente a su cuerpo. Ahora bien, habría que llamar afectividad a esta facultad de reaccionar ante la feminidad o la masculinidad.

La afectividad es la fuente del amor afectivo. Es muy diferente de la sensualidad, la cual no se fija más que en el cuerpo dissociado de todo lo demás. Por el contrario, la afectividad (como la percepción) reacciona ante la persona en su conjunto. Por esto la orientación hacia el goce, tan característica para la sensualidad, no se destaca en la afectividad que por su parte puede permitir momentos contemplativos ligados a la percepción de los valores estéticos, por ejemplo.

La afectividad parece estar libre de concupiscencia, mientras que la sensualidad está llena de ella. En la emoción afectiva se hacen sentir un deseo y una necesidad diferentes, los de acercamiento y de exclusividad o de intimidad, el deseo de estar a solas y siempre juntos. El amor afectivo acerca a las dos personas, hace que se muevan siempre una en la órbita de la otra, incluso cuando físicamente están lejos. Absorbe la memoria y la imaginación, y al mismo tiempo se comunica a la voluntad. Cuando una mujer y un hombre unidos por semejante amor se encuentran juntos, buscan medios exteriores de expresar lo que les une. Tales serán esas diversas manifestaciones de ternura: miradas, palabras, gestos, aproximación —evito ahora conscientemente el añadir “de los cuerpos”, porque la afectividad les parece que es algo incorpóreo—. Por esto se compara tan frecuentemente el amor afectivo con el amor espiritual.

Es evidente que este mutuo acercamiento que es una expresión de recíproca ternura, aunque proviene del sentimiento, puede muy fácilmente deslizarse hacia la sensualidad. Parece que a este respecto hay una diferencia significativa entre la experiencia del hombre y la de la mujer. Se admite generalmente que la mujer es de suyo más emotiva y el hombre más sensual. Ello está en relación con el papel más activo del hombre en el amor, y con sus responsabilidades. En la mujer, por el contrario, la sensualidad está como disimulada en la afectividad. Por esto la mujer se siente impulsada a ver aún como una prueba de amor afectivo lo que el hombre ya sabe que es la acción de la sensualidad y del deseo de goce. Hay, por consiguiente, como se ve, una cierta divergencia psicológica entre el amor del hombre y el de la mujer.

El amor afectivo queda bajo la influencia de la imaginación y de la memoria, aunque también él influye sobre ellas. Así es como se explica el hecho de atribuir al objeto del amor diversos valores de los que puede estar desprovisto. Este fenómeno de idealización de la persona objeto del amor es bien conocido. Es característico, sobre todo, del amor juvenil. La afectividad es subjetiva, y se nutre sobre todo de esos valores que el que ama trae consigo y que le atraen.

En este rasgo particular de la afectividad humana que acabamos de poner de relieve, se encuentra la fuente principal de la debilidad del amor afectivo. Este se caracteriza por esta ambivalencia significativa: de un lado, busca la presencia de la persona amada, el acercamiento y las manifestaciones de ternura, y de otro se encuentra alejado, porque no se nutre de valores reales de su objeto, sino que vive entretenido por los valores ideales hacia los cuales se siente atraído. Por esto el amor afectivo es muy frecuentemente una causa de decepción tanto para la mujer como para el hombre, cuando los valores atribuidos a la persona amada se revelan ficticios. La disonancia entre el ideal y la realidad extingue a veces el amor afectivo, incluso lo transforma en odio afectivo. Este, a su vez no percibe las cualidades de que está provista la otra persona realmente.

La afectividad necesita la integración lo mismo que el deseo sensual. **Si el amor se limita a la mera sensualidad, a un *sex-appeal*, no será amor, sino únicamente utilización de una persona por otra, eventualmente utilización mutua. Y si se limita a la mera afectividad, tampoco será amor, las dos personas quedarán en cierta manera separadas la una de la otra, a pesar de las apariencias en contrario. La afectividad no es más que uno de los elementos que forman la base del amor objetivo y maduro que se modela y se perfecciona, valiéndose también de otras fuentes.**

**Fuente:** Cardenal Karol Wojtyla – Juan Pablo II, Amor y Responsabilidad (1978), Madrid España, Editorial Razón y Fe pag 54 – 56

**Nota:** El resumen se ha hecho utilizando, en gran parte, frases textuales del documento original o una combinación entre ellas. Se omiten las comillas para facilitar la lectura.

**Reflexión:** ¿Me esfuerzo durante el noviazgo por conocer los verdaderos valores de la otra persona

### 23. La integración del amor

La psicología trata de descubrir la vida interior del hombre y constata que los elementos más significativos de esa vida son la verdad y la libertad. La verdad está directamente ligada al conocimiento. El conocimiento humano no se limita a reflejar los objetos, es inseparable de la experiencia vivida de lo verdadero y de lo falso. La verdad condiciona a la libertad. De hecho, **el hombre no puede conservar su libertad respecto de diferentes objetos que se imponen a su acción como buenos y deseables más que en la medida en que es capaz de aprehenderlos a la luz de la verdad, tomando así una actitud independiente respecto de ellos.** Desprovisto de esta facultad estos bienes se apoderarían de él, decidirían plenamente de sus actos. La facultad de conocer la verdad hace posible al hombre la autodeterminación, es decir, le permite decidir de manera independiente acerca del carácter y de la orientación de sus propios actos. En esto consiste la libertad.

Nuestro análisis ha demostrado que el amor entre dos personas de sexo contrario nace sobre la base del instinto sexual. De ahí resulta una concentración del hombre y de la mujer sobre los valores sexuales, representados por la persona del otro sexo. Cuando estos valores están ligados al cuerpo de esta persona y provocan el deseo de placer, el sujeto está dominado por la concupiscencia. Cuando, por el contrario, los valores sexuales no están vinculados ante todo al cuerpo, entonces el que domina se corre hacia la afectividad.

Todo ese juego de fuerzas interiores se refleja en la conciencia. El rasgo característico del amor sexual es su gran intensidad, prueba indirecta de la fuerza del “instinto” sexual y de su importancia en la vida humana. Esa intensa concentración de fuerzas vitales y psíquicas absorbe la conciencia del sujeto hasta el punto de que todo lo demás parece esfumarse y perder peso. Así se nos presenta el perfil subjetivo del amor, y bajo este aspecto constituye siempre el amor una situación concreta y única de la interioridad del hombre. Al mismo tiempo, tiende a la integración, tanto en las personas como entre ellas. La integración es totalización, tendencia a la unidad y a la plenitud.

El proceso del amor se apoya en el lado espiritual del hombre, sobre su verdad y su libertad. La libertad y la verdad marcan las diferentes manifestaciones de la vida y de la acción humana. Por más que se apoye en el cuerpo y los sentidos el amor es siempre un problema de interioridad y del espíritu; a medida que deja de serlo, deja también de ser amor. Lo que subsiste en los sentidos y en la mera vitalidad sexual del cuerpo humano no constituye su esencia. El amor tiene necesidad de libertad. Aquello que no es compromiso libre no puede reconocerse como amor; no contiene nada de su esencia. El valor de la voluntad está estrechamente ligado a la libertad, propiedad de la voluntad. Por esto en el proceso de la integración psicológica, que se desenvuelve en la interioridad de la persona paralelamente al amor sexual, lo que importa es un compromiso no sólo de la voluntad, sino además de la libertad: es menester que la voluntad se comprometa del modo más completo y conforme a su naturaleza.

Un compromiso verdaderamente libre de la voluntad no es posible más que a base de verdad. Toda situación interior es psicológicamente verdadera: el deseo sensual, como el compromiso afectivo. Es una verdad subjetiva: una persona desea verdaderamente a otra, porque encuentra en su vida interior un sentimiento claro, teñido de concupiscencia. De igual modo el compromiso afectivo es verdadero, porque encuentra en sí mismo emociones, un deseo de acercamiento tal que se siente obligado a llamar "amor" a su situación interior. Desde el punto de vista subjetivo, nos enfrentamos en ambos casos con un amor verdadero.

Pero **el amor exige todavía una verdad objetiva, condición necesaria para la integración del amor.** Mientras no lo examinamos más que a la luz de su verdad subjetiva, no aprehenderemos la imagen completa del amor y no podremos juzgar de su valor objetivo, el cual, a pesar de todo, es el más importante. Eso es lo que vamos a procurar destacar mediante el análisis moral del amor.

**Fuente:** Cardenal Karol Wojtyła – Juan Pablo II, Amor y Responsabilidad (1978), Madrid España, Editorial Razón y Fe pag 56 – 58

**Nota:** El resumen se ha hecho utilizando, en gran parte, frases textuales del documento original o una combinación entre ellas. Se omiten las comillas para facilitar la lectura.

**Reflexión:** ¿Busco la verdad de lo que se presenta ante mi como bueno y deseable?